

—¿Y has rehusado?

—Sí.

—¡Bien, hija mía, bien! Pero olvida tu desengaño y comamos.

Santiago extendió un paño blanco, y puso encima las provisiones.

—¡Ay, hija mía!—murmuró Isabel abrazando á Juana:—¡la primera espina de tu corona de mártir se ha clavado hoy en tus sienes y ha dejado una herida en mi corazón!

La pastora volvió á abrazar á su madre, y luégo comió con ella y con Santiago con la mayor tranquilidad.

VI.

Dos veces más volvió Juana á ver al gobernador en el término de dos meses, y éste, incomodado por sus importunidades, mandó que el cura párroco de Vaucouleurs la exorcisase como á una endemoniada.

Juana sufrió las rudas pruebas por que la hicieron pasar, con una paciencia heroica, y, al acabar la cruel ceremonia, dijo con voz clara y firme:

—Oid, y convenceos de la verdad de mi misión celeste. Las tropas del delfin Carlos acaban de sufrir delante de Orleans una terrible derrota. Ya veis que yo no me he movido de la aldea, ni he

hablado con nadie que haya podido enterarme. Pues bien: ¡corred, informaos, y veréis si digo verdad.

Inmediatamente fué avisado de las revelaciones de Juana el gobernador, quien envió alguna tropa, mandada por uno de sus más leales capitanes, para que se informase de si era cierto lo que Juana había afirmado.

—En tanto que vuelven mis enviados—dijo el gobernador—poned en una prisión á esa mujer: vivirá bajo mi poder y en mi palacio hasta saber si son ciertas sus noticias: si me ha engañado, será conducida á París, acusada por mí de supersticiosa y hechicera, y juzgada y ejecutada sin piedad ni misericordia.

Algunos soldados rodearon á Juana y la condujeron á los calabozos del castillo.

Poco tardó en volver el capitán que mandaba la tropa enviada por el gobernador.

—Señor—dijo, cuando se vió en presencia de Beaudricourt;—esa joven es una santa; cuanto ha dicho es verdad: siete meses de sitio y una batalla ganada por los ingleses nos han hecho perder á Orleans.

—¡Ira del cielo—gritó el gobernador.—¡Y qué! ¿Veremos los franceses tremolar en los muros de Orleans, de la ciudad más hermosa de la Francia, de la más leal y esforzada, la bandera inglesa?

—Todavía no luce allí esa enseña aborrecida,

señor—contestó el capitán:—reducidos los orleaneses al último extremo, han pedido una capitulación honrosa; y ¿sabéis cuál ha sido la respuesta de ese orgulloso duque de Bedford?

—¡Por la roja cruz de Borgoña que no lo adivino!—contestó el gobernador, que había sido uno de los partidarios más acérrimos del sin ventura *Juan sin miedo* (1).

—Pues ha contestado á la comisión encargada de parlamentar, *que no admitía más proposiciones que la de rendirse la ciudad á discreción.*

—¡Ah, infame!

—Y esta respuesta ha indignado tanto á los orleaneses, que han decidido combatir hasta rendir el último aliento.

—¡Bien!—gritó Beaudricourt con entusiasmo.

—Pero ¡ay!—continuó el mensajero dejándose caer en una banqueta de encina y oprimiéndose la cabeza con ambas manos:—¡ay, señor! ¡los sitiados carecen completamente de recursos! La Francia entera aguarda aterrada el momento de caer en poder de los ingleses! Y nuestro Delfín, el hijo de Carlos VI, no halla una aldea que le pueda servir de asilo! ¿Qué hacer?—repitió el valiente soldado:—¿qué hacer, señor?

(1) Se hablará de este personaje en la biografía de la reina de Francia Isal de Baviera, pues mi intención al escribir esta obra, es, no solamente la de dar á conocer á todas las mujeres mas célebres, sino también á todos los personajes que las han rodeado.—(Nota de la autora.)

—¿Qué hacer?—exclamó el gobernador;—id á los calabozos del castillo, y traedme á Juana la pastora.

—¡Cómo, señor!—dijo el capitán asombrado;—¿pensáis que esa niña pueda servirnos de algo?

—¡Nó lo sé!... Sólo sé que la Francia va á ser perdida para nosotros y que vamos á ser esclavos de la Inglaterra, nuestra antigua vasalla! En esta situación, únicamente tenemos en nuestro poder un medio y es preciso aprovecharlo, por débil que parezca; que venga esa mujer á mi presencia.

Sire de Chateaux, que así se llamaba el capitán, y que era primo hermano del mariscal del mismo nombre, bajó en busca de Juana, á quien halló sentada, tranquila y rezando.

—Vengo á buscaros de parte del gobernador, Juana—le dijo el capitán.

—Lo esperaba—respondió la doncella—y estoy pronta á seguir: vamos.

Cuando llegaron á la presencia de Beaudricourt, éste no aguardó á que la joven se le acercase: dejó su sitial y se lanzó hacia ella con afán.

—Juana—le dijo tomándole la mano;—Juana, os voy á enviar á socorrer al delfín Carlos VII.

—Si me hubierais enviado antes, señor, no se hubiera perdido á Orleans—repuso con calma la doncella.

—¡Lo hecho, hecho está! ¡Paciencia! Ahora, Juana, pedid lo que queráis y partireis al punto.

—Os pediré, señor, únicamente lo que necesito. En primer lugar, una hora de tiempo para despedirme de mis padres.

—Concedida.

—Después, una armadura completa.

—La tendréis.

—Necesito además, dos caballeros para que me acompañen con mis dos hermanos.

—Es muy justo.

—Por último, una carta de vuestro puño para el Delfín, que me acredite como vuestra enviada, y un estandarte blanco.

—Voy á escribir la carta; el estandarte será de seda y se grabarán en él estas palabras: *Por Dios, por la Francia y por el Rey Carlos VII.* ¿Os parece bien?

—Sí, señor.

—En vuestro yelmo haré colocar tres plumas blancas, que realzarán maravillosamente vuestra hermosura.

—Como gustéis, señor; no me pesará que me encuentren bella —dijo Juana con una triste sonrisa, á través de la cual se traslucía un pensamiento oculto.

—Id, pues, á despediros de vuestra familia, Juana, y decid á vuestros hermanos que se preparen para acompañaros—dijo el gobernador.

Juana se inclinó en silencio y salió para dirigirse á su casa.

En su continente no se advertía la loca alegría del triunfo; su paso era grave y mesurado, y la tranquilidad de su semblante decía claramente que cumplía una misión que le había sido encomendada por el cielo.

El corazón de su madre la adivinó antes de que llegase: la buena Isabel dejó el pan que amasaba y corrió á la puerta cuando Juana ponía el pie en su umbral.

—¡Hija mía!—exclamó estrechándola contra su seno.

—Madre—dijo Juana devolviéndole el abrazo—ha llegado el momento de que os deje.

—¡Cómo! ¿te vas, hija mía?—gritó Santiago palideciendo.

—El gobernador Beaudricourt me envía á salvar á la Francia. Dios me lo había dicho así, y Dios no puede engañarse ni engañarnos.

—¿Y cuándo partes?—preguntó Isabel con voz trémula.

—Dentro de una hora.

—¡Ah! ¿Es para eso para lo que te di la vida con tantos dolores?...—exclamó la desdichada madre.

—Me cedéis á Dios, madre mía; yo volveré muy pronto y volveré triunfante, os lo aseguro.

Luégo añadió, vacilando ante la idea de causar á sus padres un nuevo dolor:

—¿Dónde están mis hermanos?

—Aquí—respondió el mayor adelantándose, pues ambos se hallaban sentados á pocos pasos de ella.

—Preparaos para acompañarme—les dijo;—el rey Carlos VII necesita de los tres.

Brilló la alegría en los ojos de los jóvenes, quienes, por su suerte habían nacido con instintos guerreros.

Pero Isabel se volvió á su marido anegada en llanto y exclamó entre sollozos:

—¡Solos, Santiago!... ¡solos!...

—¡Hágase la voluntad de Dios!—dijo el anciano, inclinándose tristemente la cabeza.

—¡Nosotros volveremos; volveremos, padres míos!—repuso Juana, cuyo corazón se deshacía á pesar de su fortaleza.—Sí—añadió, levantando los ojos al cielo con una expresión radiante é inspirada.—¡Sí, volveremos, y yo os traeré para la puerta de vuestra humilde casa un escudo de nobleza! ¡Y mis hermanos tendrán el dictado honorífico de mesires y calzarán espuelas de oro, porque serán armados caballeros!

—¿Y tú? ¿Y tú qué conseguirás para ti, hermana?—preguntaron los dos mancebos que adoraban á la joven.

—¿Para mí?—respondió Juana, acercándose á ellos y hablando muy bajo.—¡Para mí... la corona del martirio! ¡Dios me la ha enseñado y no puede faltarme!

Después, alzando la voz, añadió de modo que la oyesen sus padres.

—Para mí no faltará un noble caballero que me quiera por esposa; pero, si he de hacer mi gusto, no me casaré jamás, y volveré rica y honrada al lado de mis ancianos padres.

Los ojos de Santiago brillaron iluminados por la ambición; pero el corazón de Isabel no se dejó engañar, y la pobre mujer redobló su llanto.

—Vuestra bendición, padres míos, para mis hermanos y para mí—dijo Juana, arrodillándose á los pies de los ancianos.

Los dos jóvenes la imitaron.

La anciana abuela, Santiago é Isabel extendieron sus manos sobre aquellas tres hermosas cabezas inclinadas, y pronunciaron esa bendición que atrae todas las bendiciones de Dios sobre la cabeza de los que la han merecido.

Juana abrazó á sus padres por última vez y se lanzó á la puerta.

Pero, al ir á traspasarla, se acordó de que nada había dicho á su abuela, y la bondadosa ternura de su corazón la hizo volver atrás.

Acercóse á ella y le dijo al oído, pasando un brazo al rededor de su cuello:

—Abuela mía, dentro de un mes te enviaré un Santo Cristo de oro.

La anciana contestó sólo sellando con sus labios la frente de Juana.

Ésta dió á sus padres el último beso; pero tanto temblaba y de tal modo la ahogaban los sollozos, que sus hermanos, más fuertes que ella, hubieron de sacarla casi á la fuerza de la cabaña paterna.

Juana y sus hermanos se vistieron en el palacio del gobernador sus armaduras, y luégo entraron en el salón donde los esperaban Beaudricourt con los dos capitanes que debían acompañarlos.

Todos tres lanzaron un grito de admiración al ver á Juana.

No se puede imaginar más hermosa á la diosa de la guerra.

Su derecho y flexible talle parecía de una delgadez admirable, á través de su rica armadura de acero con escamas de oro.

Los guanteletes aumentaban la pequeñez de sus manos, y sobre su yelmo ondeaban tres largas plumas blancas.

—Ahí tenéis vuestro estandarte—le dijo el gobernador, presentándole uno de seda blanca con letras de oro que formaba el lema adoptado por la doncella:—yo os lo entrego en nombre del delfín Carlos VII.

Juana dobló la rodilla y descubrió su cabeza para recibirle.

—Joven—continuó el gobernador—poned un rey en el derruido trono de la Francia, vacío desde la muerte del infortunado esposo de la feroz Isabel.

Y luégo añadió, acercándose á ella y bajando la voz:

—Y si el Delfín ha muerto cuando lleguéis, ocupad vos ese trono viejo y carcomido, y alzadle alto y resplandeciente con vuestra virtud y vuestra belleza.

La indignación encendió la morena frente de la pastora, pero se contentó con responder:

—Señor, ungré al rey á despecho de la Inglaterra, ó moriré en mi empresa.

Cubrióse, dichas estas palabras, con gracioso y grave continente, y saludando al gobernador, salió del salón acompañada de dos capitanes y de sus dos hermanos.

Ya en la puerta, se volvió hacia el gentío, que la veía marchar, y agitando el estandarte, gritó:

—¡Francia y Carlos VII!

Los escuderos acercaron sus caballos: montaron todos y salieron al galope.

Juana iba á la cabeza de la reducida tropa.

Al doblar un recodo del camino, se volvió y descubrió en una eminencia á sus padres y á su abuela.

Descubrióse; inclinó con respeto su blanco estandarte para saludarles y desapareció entre una nube de polvo, á través de la cual brillaban, como estrellas, los arabescos de oro de su coraza y de su yelmo.

VII.

Carlos VII, á pesar de la muerte de su padre, no era aun más que delfín de Francia.

Antes, mucho antes de morir el anciano Carlos VI, la guerra civil había destrozado la Francia é imposibilitado su coronación, porque no había ni una sola ciudad que le fuese del todo adicta para celebrar esta ceremonia.

Por otra parte, tampoco tenía reino: la desdichada Francia sentía entonces los crueles efectos del reinado de la ambiciosa Isabel de Baviera, y estaba ocupada casi toda por los ingleses.

Carlos VII se había casado á los diez y seis años con María de Anjou, hija de Luis II, rey de Nápoles, y de Yolanda de Aragón, la cual sólo contaba catorce en la época de su casamiento.

Durante el primer año de su matrimonio, los disturbios de la guerra apenas les habían permitido vivir juntos: no bien se celebraron las bodas, partió el Delfín á Tours y la delfina María, débil y tierna corderilla, quedó en poder de la hiena que llevaba por nombre Isabel de Baviera y del tigre á quien nombraban Juan de Borgoña.

La Delfina, constantemente vigilada, hallaba medio, sin embargo, para escaparse alguna vez y

correr á la cámara donde Carlos VI de Francia moría de hambre y tiritaba de frío, en tanto que su esposa y el primer vasallo de su corona se dividían los despojos de su rico y floreciente reino.

María consolaba y acariciaba al padre de su esposo, á aquel anciano que estaba loco porque era rey y que, por lo mismo, no tenía familia ni amigos.

Pero ya volveremos á hallar á María de Anjou en esta *Galería*, y por lo tanto, os hablaré de ella en la ocasión presente con la mayor brevedad posible.

Cuando la reina Isabel y el duque de Borgoña, verdugos de la Francia y del rey, dieron á las naciones el irrisorio espectáculo de una paz mentida con los ingleses, eligieron al duque de Bretaña para que fuese á presentar el tratado al delfín Carlos, que, como ya he dicho, se hallaba en la ciudad de Tours; y como viesan que el duque, soldado viejo y rudo, cumplía de mala gana aquella comisión, le propusieron que se llevase á María para inclinar el ánimo del Delfín á firmar aquel simulacro de paz.

El viejo duque cedió, no porque no le repugnase en gran manera llevar el tratado, sino porque se dijo á sí mismo que, al menos, libertaría á la pobre niña de la opresión en que vivía.

Cuando la Delfina llegó á Tours, su esposo la recibió con alegría; pero se negó absolutamente á firmar el tratado y hasta á volver á París, añadien-

do que se quedaba con su esposa, de quien no volvería á separarse.

Eran dos niños que se pasaban los días jugando entre el estruendo de la guerra.

María era una criatura maravillosa: «unía—dicen los biógrafos—á la más rara hermosura, el más claro talento y el juicio más sólido y perfecto.» Era espléndida en todo, benéfica, risueña y amable.

Su esposo era su verdadera antítesis; falso y desconfiado, era tan inconstante como cruel; y aquel príncipe, que no poseía virtud alguna, no era capaz tampoco de apreciar las de su esposa.

Dos meses después de tenerla á su lado, le rogó que se volviese á París; pero María, con una prudencia muy superior á su tierna edad, le hizo ver los inconvenientes de tal medida y le suplicó con entereza que, ya que no por amor, al menos por decoro la dejase á su lado.

El Delfín, á pesar de su carácter poco noble, se sonrojó ante el digno razonamiento de su esposa y consintió en que permaneciese con él; pero pronto le dió á probar los más amargos sinsabores, galanteando, no sólo á todas las damas de la nobleza, sino también á todas las villanas de alguna hermosura.

María no se quejó: antes bien aparentó ignorarlo todo: pasaba el tiempo socorriendo á los menesterosos ú ocupándose en las labores de su sexo, á que era en extremo aficionada.

Cuatro años después de su casamiento, dió á luz

á su primer hijo, que fué el avaro, cruel y sanguinario Luis XI, y sólo Dios puede explicar cómo en el seno de tan santa y dulce madre halló vida semejante monstruo de hipocresía.

Durante diez años, siguió María la vida aventurera de su esposo; en Bourges, y á principios del año de 1422, dió á luz á su primogénito y luégo tuvo once hijos más, de los cuales algunos fueron presa de la saña de su hermano mayor, y otros ocuparon los tronos de diversas naciones.

Cuando Juana d'Arc salió para ir á auxiliar al Delfín, hallábase éste con la Delfina, sus hijos y su corte en Chinón.

Tenía entonces Carlos VII unos veinte y seis años, veinte y cuatro su esposa y seis el príncipe Luis, su hijo mayor.

Juana atravesó con su pequeña comitiva un espacio de ciento cincuenta leguas: *durante tan largo viaje—dice un historiador—asistía siempre que le era posible á oír misa, distribuyendo además muchas limosnas.*

Juana entró en Chinón por la tarde y al tiempo mismo que el Delfín sostenía con su esposa una acalorada disputa.

Carlos VII, cansado ya de luchar contra el destino, había decidido retirarse al Delfinado, única parte de la Francia que se le conservaba adicta, y así lo participó á su esposa, añadiendo que se ocupase de los preparativos del viaje.

El carmín de la vergüenza vistió el hermoso rostro de María al oír aquella orden vergonzosa.

—¡Y qué, señor!—exclamó—¿abandonaréis así á los ingleses el trono de vuestro padre, que es la herencia de vuestros hijos? ¿Y pensáis acaso que estaréis por mucho tiempo seguro en el Delfinado?

—Pero ¿qué queréis que haga, señora?—repuso el rey con acritud.

—¿Qué? ¡Combatir mientras tengáis un solo soldado! ¡No comprendo, señor, un rey sin trono y sin corona! A los demás mortales les queda, sean cualesquiera sus desgracias, el título de hombres; el rey destronado es un sér que no pertenece á ninguna raza humana, y que es mirado con razón como un miserable paria.

Carlos iba á contestar con mucha amargura sin duda, cuando un heraldo pidió su venia para introducir á un mensajero del gobernador del Vaucouleurs; y más bien para librarse de las justas objeciones de la Delfina que, por otra causa, mandó que compareciese ante él.

El mensajero, que era uno de los caballeros que acompañaban á Juana, presentó al Delfín la carta de Beaudricourt, en la cual le decía que le enviaba á aquella mujer extraordinaria, por si, como ella aseguraba, podía socorrerle.

Carlos despidió al mensajero diciéndole que ya daría su respuesta, y quedó pensativo.

—¿Por qué dudáis, señor?—le dijo la Delfina;—recibid á esa joven.

—¡Bah, señora! ¡Estáis loca!—repuso con desdén el Delfín;—¿pensáis acaso?...

—Pienso, señor, que estamos perdidos—respondió María, moviendo su hermosa cabeza—y que no debéis desechar ningún recurso, por débil que os parezca; y pienso, además, que, al menos para recompensar el celo del leal Beaudricourt, debéis recibir á esa mujer.

Carlos no hizo caso, según su costumbre, del dictamen de su esposa; convocó su consejo, y fué tal su irresolución, á pesar de ser la opinión general que debía ser recibida la joven guerrera, que le tuvo reunido dos días con sus noches, sin dar respuesta alguna.

Decidióse, por fin, á admitirla á su presencia y al momento se pasó aviso á Juana, quien respondió que seguía los pasos del enviado del Delfín.

VIII.

La curiosidad fué lo que movió principalmente, tanto á Carlos como á los consejeros, á que Juana fuese recibida.

—Monseñor—dijo uno de ellos al Delfín:—si me atreviese daría un consejo á V. A.

—Habla—contestó el Delfín.

—¿No parece á V. A. un excelente medio de probar el dón de adivinar de esa joven el quitarse V. A. su traje y sus insignias y ponerse otro más modesto?

—Sí, por cierto—contestó Carlos;—y lo voy á hacer.

Y esto diciendo entró en su cámara, en la cual trocó su traje de terciopelo celeste, guarnecido de martas, por una túnica de terciopelo rojo y una cadena de oro, que era el traje de sus consejeros.

Apenas acababa de salir y de confundirse entre los cortesanos, apareció Juana.

Las fatigas del viaje habían vestido el semblante de la pastora de una suave palidez y hacían parecer de un negro más hermoso sus grandes ojos y los espesos rizos de su soberbia cabellera.

Quedóse á la puerta del salón su pequeña comitiva, y Juana se adelantó sola con marcial y gracioso continente, yendo á arrodillarse sin titubear á los pies de Carlos VII.

—Mirad, niña, que os equivocáis—le dijo un anciano consejero, para hacer aún más eficaz la prueba á que querían sujetarla—ese no es el Delfín.

Juana nada contestó, é hizo como si no hubiera oído esta observación; elevó sus rasgados ojos hasta el semblante de Carlos VII y le dijo con voz clara y dulce estas palabras, que nos ha transmitido la historia.

—Monseñor, yo soy Juana d'Arc, y el Rey del cielo me envía en vuestro socorro.

—¿Dónde me has visto?—preguntó Carlos, que devoraba con los ojos las perfecciones de la bella guerrera, y conociendo que era ya inútil el disimulo.

—En ninguna parte, monseñor—contestó la doncella;—es decir, añadió como ratificando sus palabras, no os he visto en ninguna parte de la tierra.

—¿En dónde, pues?

—Sólo en mis sueños.

—¿Tal como soy?

—No, monseñor—respondió Juana con una nobleza y sinceridad que llenaron de pasmo á los circunstantes. No, prosiguió; vi en sueños la bella figura de V. A. con sus ojos azules y su cabellera rubia; pero la vi mejor de lo que es.

—¿Qué dices?

—Digo que el Delfín, que yo vi en mis sueños, tenía más noble la frente y más valerosa la mirada, y que temo que el Delfín que ahora veo se desanime con los obtáculos, ó mejor dicho, que esté desanimado ya; pero, no obstante, si os dignáis darme gente de guerra, por la gracia divina y á fuerza de armas, yo haré levantar el sitio de Orleans, y os conduciré á Reims para ungiros á pesar de todos vuestros enemigos.

La alegría centelleó en los ojos de Carlos VII:

para aquel príncipe débil, supersticioso é indolente, cualquier socorro era un acontecimiento feliz: no obstante, disimuló su regocijo bajo un aspecto glacial, y dijo á Juana con acritud:

—Joven, ante todo, habrás de someterte á ser examinada por cuatro prelados, pues los príncipes y valerosos capitanes, que me son adictos, no querrán seguir ni obedecer á una villana como tú, sí, como pretendes, no te asiste algún dón sobrenatural.

—Haré cuanto sea del agrado de V. A., monseñor—respondió la doncella con humildad.—En cuanto á lo que he dicho á V. A., lo he hecho por orden del Rey del cielo, cuya voluntad es que los ingleses se retiren á su país y os dejen pacíficamente en vuestro reino, como su verdadero, único y legítimo heredero que sois.

—¿Y nada más tienes que decirme?

—Una sola cosa, monseñor.

—Habla.

—Aun os tengo que decir que, si ofrecéis á Dios el reino que vais á recobrar, lo conservaréis mucho más grande y floreciente que todos vuestros predecesores.

—¡Basta!—dijo ásperamente el Delfín, que había consentido en que la doncella estuviese hablándole de rodillas.—¡Basta! ¡Levántate y vete!

Y, volviéndose al concurso, añadió:

—¡Para dentro de dos horas, un concilio de cua-

tro prelados y cuatro doctores que examinen si esa villana es efectivamente una enviada del cielo!

Dicho esto, se volvió á su cámara.

Juana iba á salir también del salón, pero se la mandó detener con guardias de vista.

Dos horas después se reunió el concilio en el mismo salón donde se hallaba Juana. La delfina María obtuvo permiso para asistir á él, y después de siete horas de un interrogatorio tan vergonzoso para la pobre Juana como doloroso para la Delfina, aquella fué declarada dotada de una instrucción muy superior á su estado y nacimiento, y sobre todo, iluminada por la inspiración divina.

IX.

No acabaron aún con el Concilio las dudas de los cortesanos del Delfín ni los padecimientos de Juana.

El Parlamento de Poitiers persuadió al débil Carlos VII de que debía enviarse á la doncella para examinarla á su vez, y el Delfín la mandó partir sin detención alguna para aquella ciudad.

Obedeció Juana y salió de Chinón acompañada de sus dos hermanos que, menos fuertes que ella, montaban en cólera á cada una de esas humillaciones.